

**POCO TIEMPO  
EN CUALQUIER LUGAR**  
CARTAS  
1903-1922

VOCES / ENSAYO

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nuestro fondo editorial en [www.paginasdeespuma.com](http://www.paginasdeespuma.com)

Katherine Mansfield, *Poco tiempo en cualquier lugar. Cartas 1903-1922*

Primera edición: Octubre de 2024

ISBN: 978-84-8393-359-6

Depósito legal: M-20613-2024

IBIC: BJ/DSK

© De la edición y traducción: Patricia Díaz Pereda, 2024

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2024

c/ Madera 3, 1.º izquierda, 28004 Madrid

Teléfono: 915 227 251

Correo electrónico: [info@paginasdeespuma.com](mailto:info@paginasdeespuma.com)

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

KATHERINE  
MANSFIELD

POCO TIEMPO  
EN CUALQUIER LUGAR  
CARTAS  
1903-1922

*Edición y traducción  
de Patricia Díaz Pereda*





## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN:	
LAS MÁSCARAS DE UNA <i>OUTSIDER</i> . . . . .	9
CRONOLOGÍA . . . . .	15
CARTAS 1903-1922. . . . .	21
TRAYECTOS . . . . .	239
PRINCIPALES DESTINATARIOS. . . . .	253
ÍNDICE ONOMÁSTICO . . . . .	257
ÍNDICE GENERAL DE CARTAS. . . . .	259



## LAS MÁSCARAS DE UNA *OUTSIDER*

En una carta, Katherine Mansfield le recomienda a su marido que no olvide llevar una máscara y que, si se la quita, se asegure de llevar otra debajo. Curiosamente, varias de las personas que la conocieron describieron su rostro como una máscara: Leonard Woolf es uno de ellos y observa que siempre parecía estar en guardia contra un mundo que asumía como hostil; a él le parecía que era por naturaleza alegre, cínica, amoral, procaz e ingeniosa; cuando la conoció, le pareció extraordinariamente divertida<sup>1</sup>. Su amiga, la pintora Dorothy Brett escribió que su pálida cara era como una máscara, llena de agudeza, alegría y una sonrisa oculta, pero era cauta, un poco suspicaz y se mantenía en guardia<sup>2</sup>. Lytton Strachey le dijo a Virginia Woolf que era muy divertida y lo suficientemente misteriosa. Esta última utiliza repetidamente en su diario la palabra «inescrutable» para referirse a Mansfield; tras su primer encuentro, anotó que tenía facciones duras y ordinarias, pero era tan inteligente que enseguida se borraba esa primera impresión negativa. Más tarde observó, también en su diario, que tenía una naturaleza felina: extraña, compuesta, solitaria, vigilante, y que estaba centrada en sí misma y en su arte. D. H. Lawrence dijo de ella que esperaba tener los privilegios de la hija de un banquero (lo era) y al mismo tiempo quería ser una rebelde. En sus memorias, la opinión

---

1. Woolf, Leonard, *Beginning Again, an Autobiography of the Years 1911–1918*.

2. Brett, Dorothy, *Lawrence and Brett*, Martin Secker, Londres, 1933.

que da Bertrand Russell, con quien la escritora mantuvo un breve coqueteo<sup>3</sup>, es mucho más adversa: aunque ingeniosa y brillante en su conversación, también la califica de envidiosa y maliciosa, para añadir que sus palabras acerca de lo que iba a escribir eran mucho mejores que su literatura. Ottoline Morrell afirmó que nadie era tan encantadora como ella cuando estaba libre de recelos y se permitía ser natural y amistosa. La propia Mansfield reconoció en alguna ocasión que era mentirosa, reservada hasta la médula y que mantenía una apariencia tras otra; en el juego de máscaras no es casual que cambiara su nombre, Kathleen Mansfield Beauchamp, por Katherine Mansfield, y que luego asumiera otros nombres con sus seres queridos (también tenía tendencia a «rebautizar» a otras personas): Katia, Tig, Kissienska, Katherine Mansfield, Kass... A casi todos los que la conocieron les resultó enigmática esta mujer de tantas facetas o máscaras, de personalidad compleja y múltiples aristas; bastante indescifrable hasta el día de hoy, en el que solo podemos acudir, además de a esos testimonios, a su diario, cartas y cuadernos de notas. A esta compleja imagen hay que sumarle la que su marido, John Middleton Murry, cultivó con empeño tras su muerte, cuando él mismo experimentó una conversión religiosa: la de una mujer sencilla, exquisita y espiritual, casi angelical, casi etérea, a la que comparó con una llama que ardía con delicadeza. Probablemente empezó a forjar esta imagen cuando ella estaba en el Instituto para el Desarrollo Armónico del Hombre, en Fontainebleau y, le escribió que la veía como un ángel con una espada, a lo que Mansfield respondió que no lo entendía puesto que no se sentía así en absoluto. Murry, en la selección de las cartas, diario y cuadernos de notas que publicó tras su muerte, omitió cuidadosamente todo aquello que pudiera contradecir este constructo; al leer sus cartas completas podemos observar a una Mansfield a veces despiadada y cruel, irónica y maliciosa, mundana y pragmática y, en última instancia, de una fortaleza y resiliencia mucho mayores que las de su marido. En el ámbito anglosajón, como tras su temprana muerte había amigos, familiares

---

3. Russell le aseguró a Ottoline Morrell, entonces su amante, que la cosa no llegó a mayores, pero ignoramos qué pasó. Véanse las cartas que le dirigió Katherine Mansfield.



y personas que la habían conocido, esta imagen no llegó a cuajar por completo, pero en Francia, país con el que Murry mantenía muchos vínculos literarios, su mitificación angelical y espiritual se impuso en una época de *revival* del catolicismo; sus ecos también se difundieron por España. Su aguda sensibilidad es indudable, pero forjar una leyenda así para Mansfield, una mujer apasionada, independiente, libre sexualmente (entre sus numerosos amantes se contaron dos intensas relaciones homosexuales), irónica, que gozaba de muchos placeres terrenales, y usaba a menudo en su conversación un lenguaje soez, es de una falsedad poco digerible y, en cualquier caso, inadmisibile. Murry mantuvo esta imagen hasta su muerte, y también es conveniente señalar que sacó mucho provecho económico<sup>4</sup> de las ediciones póstumas, entre ellas las de muchos papeles privados, esbozos y relatos inacabados, en contra de la voluntad de su esposa (en su testamento expresó su deseo de que Murry publicara lo mínimo y quemara y rompiera lo máximo posible), lo cual levantó muchas críticas en los círculos literarios ingleses y fue la causa de la ruptura con la amiga más constante y fiel de la escritora, Ida Baker.

Además de enigmática, Mansfield fue una *outsider*, que no acabó de encontrar su sitio: en el seno de su familia se sintió muy diferente; neozelandesa, su patria natal le resultó, tras haber estudiado en Londres tres años, provinciana y sin posibilidades profesionales; nunca regresó, pero tampoco hizo de Inglaterra su patria adoptiva, pues nunca le gustó. De espíritu nómada y viajero, la enfermedad además le obligó a buscar climas más benévolos, y en su continuo transitar por Francia, Italia y Suiza, tampoco llegó a encontrar un sitio al que llamar suyo, ese lugar soñado que imaginaba con su marido, una casa en el campo a la que llamaban «Heron», en honor del hermano fallecido de Mansfield, Leslie Heron Beauchamp. El lector de estas cartas, inéditas en castellano, constatará que en este deambular hay un esquema que se repite: en una primera fase le encanta un sitio, pero luego se siente insatisfecha y quiere marcharse a otro que pueda cumplir sus expectativas.

---

4. Fueron varios los amigos que se sintieron muy molestos con Murry porque sacara mucho provecho a su muerte, entre ellos D. H. Lawrence. Otra amiga le acusó de «hacer caldo con los huesos de Katherine».

Este rasgo de insatisfacción e inconstancia no debe disociarse de su enfermedad: era una búsqueda desesperada por encontrar la curación o al menos, una mejora física significativa; una huida hacia delante con la salud y el bienestar como meta. Sabido es que, hasta la llegada de los antibióticos, la tuberculosis no tenía cura, pero sí podía contenerse si se seguían los procedimientos adecuados; un ejemplo entre sus amigos fue el pintor Mark Gertler, cercano al grupo de Bloomsbury. Pero Mansfield siempre se negó a seguir las recomendaciones de los médicos en cuanto a ingresar en una clínica, lo que probablemente hubiera ralentizado su enfermedad o prolongado su vida. Enfermó de gonorrea bastante joven (sin diagnosticar hasta años después de contraerla) y como consecuencia sufrió una operación ginecológica que no hizo sino agravarla, y luego de tuberculosis: parece bastante probable que se la contagiara su amigo D. H. Lawrence. En una de sus cartas, expresa el temor de caer en el peregrinaje continuo de los tísicos; en otra, atribuye sus ataques de ira e inestabilidad a esta enfermedad porque ya había observado estos cambios anímicos en Lawrence. Lo cierto es que a Mansfield le costó trabajo reconciliarse con un yo dividido y mudable; al final de su vida, cuando se inclinó por el viaje interior y espiritual que la llevó a Fontainebleau, señala en sus cartas que siempre había estado «desunida» en su interior y, una vez llegada a un callejón sin salida con la medicina convencional, se convenció de que para sanar debía curar tanto su espíritu como su cuerpo.

Esta selección de cartas<sup>5</sup> se inicia en 1903, con una Mansfield adolescente que albergaba el sueño de ser violonchelista y ante la oposición paterna, lo sustituyó por el de escritora (escribía desde la niñez y había ganado algún premio en el colegio), y concluyen en diciembre de 1922, nueve días antes de su muerte. Nunca tuvo demasiados corresponsales; algunos de ellos, como D. H. Lawrence, no conservaron sus cartas y otros, como sus hermanas y otros familiares, solo algunas; a su amiga Ida Baker la obligó a quemar los cientos de páginas que le había escrito durante una

---

5. Las cartas completas están editadas en inglés por Vincent O'Sullivan y Margaret Scott: *The Collected Letters of Katherine Mansfield*, Oxford University Press, New York, 1987.

época y a Dorothy Brett también le pidió que destruyera unas cuantas. Entre los principales destinatarios, aparte de Murry, sin duda hay que citar a S. S. Koteliensky; Dorothy Brett (conocida por todos como Brett), sobre todo los últimos dos años de su vida; D. H. Lawrence antes de que se distanciaran, y Ottoline Morrell, con quien la relación a veces se tensó, como por ejemplo cuando Murry se imaginó que se había enamorado de él y se lo contó a Mansfield. A pesar de que se han conservado pocas cartas a su familia en Nueva Zelanda, destacan las dirigidas a su padre, en las que se puede observar la importancia que tuvo para ella; con su madre la relación no fue tan intensa ni tan fluida (la desheredó y nunca cambió su testamento) y uno de los roles que desempeñó Ida Baker para ella fue el de una figura materna, en quien confiar para muchos de los asuntos prácticos y cotidianos y una aceptación sin reservas. Virginia Woolf, con quien mantuvo una amistad muy enfocada en la literatura (*Eres la única mujer con la que deseo hablar de trabajo. Nunca habrá otra*) y con períodos de distanciamiento, sí conservó sus cartas y aquí se traducen la mayoría de ellas.

Esta selección da constancia de su perpetuo deambular; interesada siempre por los paisajes naturales (*Las ciudades son lugares malditos*), ambientes y personas, en ellas se encuentran fragmentos descriptivos que bien podrían formar parte de sus relatos, además de comentarios sobre figuras tan conocidas como T. S. Eliot, D. H. y Frieda Lawrence o Virginia Woolf (*una hermosa y brillante criatura*). Pero sobre todo, nos muestran sus afectos, antipatías (*Si vuelvo a mirar Montreux un día más, volaré en trozos de rabia ante la fealdad de todo*) y simpatías por lugares (*tengo grabada Isola Bella en el corazón*) personas y animales; nos revelan su profunda inmersión en la escritura (*No creo que otras personas se emocionen tan tontamente como yo mientras trabajo*), la intensa y turbulenta relación con su marido, su amor por la vida (*Si una viviera para siempre no sería suficiente*), su capacidad de captar hasta el más mínimo detalle; la depresión y la desesperación, que ella visualizaba como un pájaro negro, y la enfermedad, que le produjo un terrible sufrimiento e incapacidad físicos. También dan testimonio de las preocupaciones constantes por la falta de dinero

*(no puedo vivir pobre; no puedo preocuparme por la mantequilla, los taxis, los vestidos de lana y la cuenta del farmacéutico y también trabajar); su amor a su marido, pero también la tacañería de este, su debilidad y torpeza para cuidarla; la vida doméstica (¿Pero no te parece que llevar una casa es muy difícil? Yo he tenido que dejarlo por completo. Si una tiene una profesión, no tiene más tiempo para eso que el que tiene un hombre), la vida en los hoteles, los largos y agotadores viajes en tren.*

Y, por último, la decisión de unirse a la comunidad de Fontainebleau y cambiar de vida: *Así que he decidido hacer borrón y cuenta nueva de todo lo que fue «superficial» en mi pasado y empezar de nuevo para ver si puedo entrar en esa vida real, simple, veraz y plena que sueño. Quiero aprender algo que los libros no me pueden enseñar y quiero intentar escapar de mi terrible enfermedad.*

No lo consiguió, pero sus cartas dan testimonio de la resiliencia y la pasión por la vida de una autora que en su breve vida logró escribir un buen número de relatos, algunos de los cuales son obras maestras que la sitúan como una de las grandes del género del siglo xx en lengua inglesa. Al lector del presente volumen le corresponderá forjarse su propia imagen de la mujer y de su enigmática y compleja personalidad. Lo que es indiscutible es que Katherine Mansfield nunca se rindió en la lucha contra la adversidad y nunca cejó en su búsqueda de horizontes mejores, en la vida y la escritura.

Patricia DÍAZ PEREDA